

A A B 9 9 6 6

186

**LA VIRTUD EN ACCION,**

58822

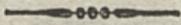
6.

TRADUCIDA DEL FRANCES

POR

**MIGUEL DE LA BARRA,**

APROBADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE PARA TEXTO  
DE LECTURA EN LAS ESCUELAS.



SANTIAGO.

IMPRESA CHILENA.

Setiembre de 1856.

180  
LA VIRTUD EN ACCION

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

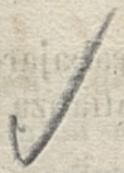
MICHEL DE LA BARRE

APROBADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE PARA USO  
DE LECTURA EN LAS ESCUELAS

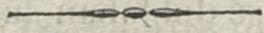
SANTIAGO

EMPRENTA LA CERRERA

Setiembre de 1866



# LA VIRTUD EN ACCION.



## I.

### LA PROTECCION DE DIOS.

Tened confianza en Dios: solo él os sostendrá en la adversidad.

Enrique, huérfano pobre, nacido en Velletri, aldea de Italia, demasiado débil i jóven todavía para poder entregarse a un trabajo asiduo, buscaba los medios de poder subvenir a sus propias necesidades; pero donde quiera que se presentaba le despedían secamente diciéndole: «¡Id con Dios, amigo mio!» Comprendió lo que significaba esta frase que tantas veces le habian repetido. «¡Está bien! se dijo entónces, voi a marchar con la proteccion de Dios! él, que es tan bueno, me cuidará, me suministrará el alimento que necesito para vi-

vir, i, cuando yo sea hombre, trabajaré, ganaré mi pan i tendré siempre confianza en su Providencia.»

Fortificado por esta idea abandona su aldea natal i se encamina a Nápoles, porque habia oido decir en otro tiempo a su padre que en las grandes ciudades se puede pasar mas facilmente la vida. Apénas habia andado algunas leguas sintió que se doblaban sus rodillas i cayó en tierra rendido de cansancio i debilidad. Una pobre mujer, que trabajaba allí cerca en su horno, corrió a él llevándole un jarro de leche i un pedazo de pan. El niño comió i se refrescó. Quiso en seguida dar gracias a su bienhechor, pero habia desaparecido. «No hai duda, dijo, es un ángel el que ha bajado de los cielos: voi seguro con la proteccion de Dios.»

Recobrado por este repentino socorro continuó su marcha, lleno de confianza en el Omnipotente. Todo le salia bien. A la tarde sintió hambre, oró (esperaba socorros del cielo); pero ningun ángel se presentó para aliviarle en su miseria. En fin, vió acercarse a él un arriero que conducia algunas mulas cargadas. «¡Gracias a Dios! dijo Enrique, ya se acerca a mi un ángel, seguramente me traerá que comer.» Sin embargo, el arriero llega i, sin mirarle siquiera, continúa su camino. Sorprendido el niño, le sigue paso a paso; mas cual seria su admiracion al divisar una multitud de castaños esparcidos por el camino: cojió alegremente

gran cantidad de castañas, hizo cocer algunas en la aldea inmediata i mitigó así su hambre. Por la noche se detuvo en una posada donde se le hizo entrar: diéronle algo que comer i un monton de paja en la caballeriza, donde durmió con el sueño de la inocencia. Al dia siguiente, al despertar, rejistró su provision de castañas que estaba casi agotada, pero, como su confianza en Dios era grande, no se inquietó absolutamente.

Al salir de la caballeriza, donde habia pasado la noche, vió parar delante de la posada un coche de alquiler, del que bajaron un jóven i una señorita. Estos dos viajeros, que eran hermanos, se sentaron en un banco, esperando que el postillon mudase caballos. Comian naranjas. El jóven arrojaba de cuando en cuando las cáscaras a nuestro pobre Enrique, que como niño, hubiera preferido chupar las naranjas mismas.

—Mira, dice el jóven a su hermana, este bestia andrajoso.

—Andrajoso sí, respondió ella, pero bestia no lo sé.

—¡Está bien! lo veremos; dijo aquel, volviendo a arrojar sus cáscaras a Enrique.

—¡Deja! le replica vivamente la jóven, deja a ese pobre muchacho que en nada te ofende!

—¿I por qué se atraviesa, este pícaro, en nuestro camino? Que se retire i nos deje en paz!

881

Durante esta conversacion Enrique no habia respondido palabra alguna; solo recojia cuidadosamente las cáscaras i las guardaba en su maleta, esperando usar mas tarde de ellas con provecho.

La señorita le preguntó de donde era. Enrique con los ojos llenos de lágrimas al recuerdo de su patria, respondió: de Velletri, señorita.

—¡Pobre niño! has caminado mucho, dijo ésta. ¿Cómo has venido tan léjos?

—¡Ah! replicó Enrique, he viajado con la proteccion de Dios; él me ha ayudado.

Sonrióse el jóven al oír esta respuesta; pero su hermana con aire de compasion le presentó una moneda de tres francos. Enrique la aceptó, elevando los ojos al cielo en señal de reconocimiento; despues añadió:

—Al ménos, señorita, no he mendigado este dinero, sino que me lo habeis ofrecido de buena gana.

—Sí, respondió ésta: i dirijiéndose en seguida a su hermano añadió: ¿Ves como no es tan bestia como le creias?

Un momento despues se sentia el latigazo que el cochero daba a los caballos, i nuestros viajeros desaparecian en medio del polvo que levantaba el carruaje. Enrique permaneció aun algunos momentos en el lugar en que habia pasado esta escena. La bondad, la dulzura de Amalia (este era el nombre de la señorita) excitó en él una admiracion particular.

Al fin continuó su camino i llegó a Terracina, distante unas veinte i dos leguas de Nápoles, donde hizo cambiar la moneda que habia recibido, i creyó que con tantas moneditas que le daban en cambio subsistiria mui bien durante muchas semanas; pero mui luego se convenció de su error, porque, despues de haber descansado algunos dias, notó con pesar que su bolsa disminuia considerablemente. Cobró ánimo, sin embargo, cuando hubo dicho como de costumbre: «Voi con la proteccion de Dios que nunca me faltará».

Salió Enrique de Terracina, i pocos dias despues llegó a Gaete; donde encontrándose sin un maravedí, tuvo que ayunar todo el dia i dormir por la noche en la puerta de una iglesia. A la mañana siguiente buscó en su maleta algunas migajas de pan; pero solo encontró las cáscaras de naranja que el jóven viajero le habia arrojado en la posada. «Creo haber oido decir que de estas cáscaras se puede extraer aceite perfumado; las venderé i tendré con que comer, se dijo a sí mismo». Mostráronle la casa de un perfumista llamado Villani, hombre jovial i caritativo. Enrique le ofreció en venta sus cáscaras.

—¿I qué voi a hacer con ellas?

—¿Qué señor! No es V. perfumista?

—Sí lo soi.

—¿Pues bien! replicó Enrique, de estas cáscaras extrae V. aceite.

—Sí; pero de pocas saco poco.

—Me dará V. poco dinero tambien; i con poco dinero tiene con que comer un niño que se muere de hambre.

Sorprendió la respuesta de Enrique a nuestro perfumista, i le interrogó a cerca de sus padres, patria i desgracias, añadiendo en seguida :

—¿Querrias aprender mi oficio?

—¡Porque nó!

—Deja entónces tu maleta i tu baston i quédate a mi lado.

Tenemos a nuestro Enrique en su elemento. Obedeció puntualmente a su patron, trabajó sin pereza i, como todo lo que salia de sus manos era de buena calidad i mejor confeccionado, se atrajo el afecto de su protector i fué feliz.

Pasó así cuatro años gozando una vida agradable, despues de los cuales tuvo una desgracia bien cruel que soportar. Villani, el hombre bueno i sensible que le habia acogido tan bien, servido de padre i amigo, cayó peligrosamente enfermo i en pocos dias fué al sepulcro. Enrique solo encontró consuelo en la relijion, que es la única que, en estas circunstancias, nos da valor i resignacion.

La viuda de Villani, mujer de mal jenio i en todo diferente de su esposo, tomó la maleta de Enrique, llenóla de naranjas secas i le despidió.

—He venido, dijo éste, con la proteccion de Dios, saldre del mismo modo. ¡Adios i vivid en paz! Salió entónces de la casa que no le ofrecia ya su techo hospitalario.

Inmediato a Villani vivia un tornero con quien Enrique habia pasado muchas veces en conversacion, entreniéndose otras en dar vuelta la rueda i tornear algunos juguetes. Allí dirigió sus pasos al salir de la casa de su bienhechor.

El tornero era hombre de una fortuna mediocre, padre de una familia numerosa, i por consiguiente no podia socorrer con dinero a este pobre niño, aunque de todo corazon deseaba serle útil en algo. Reflexionaban juntos sobre el medio que habria para sacar de una situacion tan triste a Enrique, cuando repentinamente esclama éste: «¿Si tornease las naranjas disecadas que traigo en mi maleta e hiciese bolitas que metidas en una cinta formasen un rosario, me iria mal?»

Sonrióse el tornero al oír a Enrique; quien al instante, quitándose la chaqueta puso manos a la obra. Algunos dias despues se encontraba ya en la puerta de una iglesia, al momento de entrar el santo sacrificio de la misa, vendiendo sus rosarios. La ganancia que le proporcionó la venta le alcanzó para comer i comprar otras naranjas que hizo disecar: torneólas como las anteriores, formando en seguida sus rosarios que vendió tambien. Su mercaderia

de un olor agradable era buscada por todos i, poco tiempo despues, Enrique se halló en estado de arrendar por su cuenta un gran jardin lleno de naranjos.

Nuestro héroe crecia al mismo tiempo; i, de pobre huérfano, era ya un jóven de maneras finas, que unia el valor i la piedad a la economía i la constancia. Sus buenas cualidades le atraieron el aprecio i amistad de sus conciudadanos. Dejó mui pronto el oficio de tornero i llegó a ser un gran comerciante de naranjas: le fué tan bien en sus negocios que, poco tiempo despues, era ya poseedor de una fortuna considerable i uno de los aldeanos mas acomodados de la ciudad.

Su espíritu emprendedor le hizo partir con un cargamento de naranjas a San Petersburgo, residencia del emperador de las Rusias. El invierno era riguroso, i un viaje por el golfo de Filandia, podia, en esta estacion, serle peligroso; pero Enrique se dijo: «Quien nada arriesga nada tiene; marchó con la proteccion de Dios».

Su viaje fué sumamente feliz. Vendió su cargamento i compró otras mercaderías que trajo en seguida a Nápoles. En esta ciudad, despues de haber concluido sus negocios, resolvió dar a los indijentes una parte de las riquezas que le habian proporcionado su constancia i laboriosidad. Cierta dia que se paseaba en la calle de Toledo, vió una multitud de

101

personas al rededor de una mesa, sobre la cual habia algunas rebanadas de melon que los transeuntes compraban para refrescarse. Entre la muchedumbre notó Enrique un jóven, cuya palidez i descompostura mostraban su estremada miseria, que, recojiendo las películas de melon que los compradores arrojaban, las chupaba en seguida.

Este espectáculo le desgarró el corazon, e iba a sacar de su bolsillo algun dinero para socorrer a aquel infeliz, ¿mas cuál seria su admiracion al reconocer en él al jóven que, en la posada inmediata a Terracina le habia arrojado a la cara las cáscaras de naranja?

Enrique le preguntó entónces:

—¿Cómo te hallas en un estado tan miserable?

—¿Qué os importa? respondió.

—Talvez podria, replicó Enrique, proporcionarte alguna ocupacion en la que pudieras ganar con que subvenir a tus necesidades.

—Nunca aprendí oficio.

—¿No tienes una hermana?

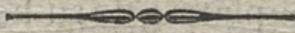
—Sí; pero lo que ella gana con su trabajo lo emplea en procurar una honesta subsistencia a mi madre que está con ella i pasa casi siempre enferma; por lo demas a mí no me da cosa alguna.

—Toma esta moneda i condúceme a su casa.

—Con mucho gusto, dijo el pobre guardando la moneda que le presentaba Enrique.

co despues a aumentar el número de los seres felices al lado de Enrique.

Nuestro héroe en medio de su dicha no se olvidó de dar gracias a Dios, repitiendo siempre: «¡Providencia divina! he marchado siempre a tu sombra, nunca me has abandonado!»



193:

## II.

# EL VIEJO DE LA MONTAÑA.

## CAPITULO I.

### **Papá Martin.**

Cincuenta años há vivia en una frontera del Tirol, un venerable anciano; sus canas, la dulzura de su semblante, su frente arrugada, todo en él inspiraba el respeto i la amistad de los que le conocian.

Sabia atraerse principalmente el amor de los niños, que le querian muchísimo, i cada vez que bajaba de la montaña donde tenia su retiro, le manifestaban una excesiva alegría. Rodeaban al *padre de la montaña* (asi le llamaban), que unas veces les traia algunos juguetes, otras les contaba una historieta, otras les

enseñaba una moral sana que tenia por objeto hacerles buscar el bien o huir del mal.

Este anciano, llamado por los aldeanos Papá Martin, se complacia en hacer bien a todos. El cuidaba a los enfermos, derramaba el bautismo saludable del consuelo en el seno del aflijido, en fin, enseñaba la constancia i la resignacion. Nadie sabia el nombre de este anciano querido i bienhechor, ni el lugar de su nacimiento, ni el motivo que le hubiera obligado a retirarse a unas montañas tan solitarias; todos los aldeanos de los alrededores deseaban conocer su historia, pero ninguno se atrevia a interrogarle acerca de ella.

## CAPITULO II.

No confieis en los bienes temporales; son como el viento que sopla i desaparece.

Una hermosa tarde de invierno el anciano acababa de separarse de los aldeanos que vivian cerca de su habitacion; de enseñarles la moral mas sana i mas al alcance de su inteligencia; acababa de hablarles de Dios; de lo fútil de los bienes de este mundo, que se disminuyen en casa de uno para aumentarse en la del otro. Su auditorio entero le escuchaba silencioso; las exortaciones que le dirijia eran tan tiernas que por todas las mejillas de los oyentes corrian abundantes lágrimas, i hacia

194

algún tiempo que habia concluido de hablar, cuando el mas grande silencio reinaba todavía; silencio que parecia hablar tambien a aquellas gentes sencillas. Acababa de dejarlas, digo, i todos los ojos se dirijian a la montaña que tenia que subir para llegar a su hermita.

Cuando repentinamente estos infelices aldeanos se vieron en medio de una oscuridad terrible i amenazadora; el viento silba por todas partes; todo anuncia un trastorno universal. ¡Representaos el terror de esta pobre jente! Pero esto no era sino el preludio de su desgracia; pocos momentos despues empiezan a caer sobre ellos grandes copos de nieve i les obligan a encerrarse en sus cabañas hasta el amanecer del siguiente dia. Pero ¡cuán terrible espectáculo se presenta a su vista, cuando la luz de la aurora ha disipado las tinieblas de la noche i se atreven a salir de sus habitaciones! Montes de nieve les rodean por todas partes; un riachuelo cristalino, que ántes corria cerca de la montaña, se halla trasformado en un lago inmenso. Las aguas inundan sus tierras, las cosechas están destruidas completamente i las cabañas se hallan o sepultadas en la nieve o rodeadas de agua que penetra hasta el interior. Grande es su desgracia. Pero en medio de este desorden espantoso se acuerdan de su buen anciano; esperan obtener de él no solo consuelo sino tambien sabios consejos para remediar sus desgracias; pero ¡oh colmo de infe-

licidad! cuando con gran peligro de sus vidas han ganado la cumbre de la montaña, solo ven un monton de nieve en lugar de la hermita que ántes habia. Trataron entónces de limpiar la tierra de la nieve que la cubria; pero les saltó mui luego el valor; porque con este venerable anciano sus esperanzas se habian desvanecido i su desgracia no tenia límites.

No ignorará el lector que todo el Tirol se halla cubierto de montañas tan elevadas que sus cimas parecen perderse en las nubes; que estas montañas están cubiertas de un hielo perpetuo; i, aunque se pueden atravesar de un lado a otro, el declive es tan grande, que el viajero no puede ménos de llenarse de terror, sobre todo si dirige su vista a los abismos que se presentan por todas partes a sus piés, a medida que avanza por ellas. Estas majestuosas montañas, que llaman los *Alpes*, son sin embargo de una vejetacion excelente.

Debemos notar tambien que muchas veces, de los Alpes una piedra, por pequeña que sea, desencajada ya por el viento, ya por algun pájaro, rueda, aumenta de volúmen con la nieve que encuentra en su camino i se convierte en una gran mole que, cayendo con un estruendo terrible, destruye bosques enteros. Estas moles se llaman *aludes*. Una de estas habia caido en nuestro vallecito i ocasionado tantos desastres.

### CAPITULO III.

«Dios se halla siempre dispuesto a socorrernos.....»

La destruccion era completa, nada se habia librado; cabañas, muebles, todo nadaba por el agua. En este lamentable estado los habitantes del valle se reunieron para ver de qué modo podrian remediar tamaño desastre, i resolvieron irse a otro paraje. Dirijiéronse efectivamente a las fronteras de Baviera; allí permanecieron algun tiempo, trabajando unos la tierra, apacentando otros los ganados de personas mas felices que ellos. Sin embargo, de cuando en cuando dirijian la vista a su aldea natal i entónces parecian preferir sus nieves i sus ruinas a las hermosas i fértiles orillas del Rin. Determinaron al fin volver a su querido valle.

Cada paso que daban era una lágrima que caia de sus ojos. En efecto ¿qué iban a encontrar? ¿Campos incultos, habitaciones desoladas! Pero ¿cual es su admiracion al divisar desde una pequeña colina el campanario de una iglesia, i, a medida que avanzan, desde la primera hasta la última de sus cabañas reedificadas? Llenos de confianza en la Providencia siguen adelante. Al entrar en la aldea un anciano de noble presencia se acerca a saludarlos diciéndoles :

«¿Por qué tardabais en tomar posesión de los bienes que vuestro *viejo de la montaña* os habia aprontado? Conozco vuestra incertidumbre en la admiracion que mostrais; pero seguidme, persuadios vosotros mismos; cada uno encontrará el doble de lo que tenia; i, en la iglesia que ha sido necesario reconstruir, venid a dar gracias a Dios por los beneficios que os ha hecho i a pedirle que os libre de toda desgracia en lo sucesivo.» Nada trastorna tanto los sentidos del hombre como las vivas emociones del goce o del pesar. Figuraos pues el contento que habria en el alma de cada uno de estos aldeanos al presenciar un espectáculo que estaban tan léjos de esperar; pero este júbilo llegó a su colmo cuando al entrar en sus habitaciones las encuentran no solo reedificadas, sino tambien amuebladas, i sin faltar en ninguna de ellas los instrumentos de la profesion del propietario.

Despues de dar gracias al Omnipotente mostraron al buen anciano su gratitud.

#### CAPITULO IV.

##### **Historia de Papá Martin.**

La paz, alegría i tranquilidad renacieron entre estos buenos aldeanos; lo único que les inquietaba era no saber parte alguna de la historia de su bienhechor. Habia salido bueno i sa-

146

no de la catástrofe; pero ¿cómo? por qué milagro ha escapado? dónde está? qué es de él?

Una mañana, cuando estas pobres jentes iban a principiar sus trabajos, se sorprenden al ver entrar en la villa una multitud de soldados i detenerse en la plazuela de la iglesia; un anciano que sobresalía de todos por sus vestidos, la nobleza de su talante i su blanco penacho, bajando del caballo, les dice :

«Acercaos, hijos míos, nada temáis; aunque parezca mas jóven ahora, aunque tenga vestidos mas ricos i suntuosos que otras veces, soi siempre vuestro *viejo de la montaña*; he querido ántes de ir a ocupar mi puesto encontrarme en medio de vosotros, estrecharos entre mis brazos, participar de vuestra alegría, daros mi bendicion, dictaros lo que mi corazon cree necesario para vuestra felicidad, i daros el último adios».

Aquí el anciano pronunció con voz firme i pausada un largo discurso en que les aconsejaba el cumplimiento de los deberes que todos tenemos para con Dios, nuestro criador, para con el prójimo i para con nosotros mismos; despues añadió :

«Sin duda teneis curiosidad de saber quien soi, de donde vengo i a donde voi. Os lo diré.

«Hugo de Inmental, caballero noble i valiente, pero poco habituado a las maneras finas i delicadas que exige la cortesanía, no pensaba mas que en la caza i otras diversiones de

este jénero. Era ya hombre de cuarenta años i aun no habia pensado en escojer una compañera de su fortuna, lo que precisamente llenaba las miras de sus parientes ávidos de su gran fortuna. Pero, movido poco despues por los consejos de su capellan, se unió a Berta de Walsenfels, señorita noble i virtuosa, que, un año despues, le dió una prenda de su ternura. Era yo; i entónces se encendió el odio i la venganza de mis parientes contra mi padre i contra mí.»

## CAPITULO V.

### **Terribles efectos de la venganza.**

«Crecia yo; mis fuerzas musculares se desarrollaban; iba con mi padre a cazar i participaba de todas sus evoluciones militares.»

«Cierta dia que nos habiamos alejado algunas leguas de nuestro castillo (mi padre me llevaba a las ancas de su caballo), nos acercábamos a una posada, para descansar allí algunos instantes, cuando repentinamente el caballo rompe las bridas i echa a correr por entre los escaramujos i espinos; era imposible bajarse, porque el maldito animal no nos daba tiempo para ello. En fin, mi padre chocó tan fuertemente contra una encina, que cayó del caballo gravemente herido. Solo al otro dia por la mañana fué encontrado en el mismo lugar en que habia caido por algunos aldeanos que le cuidar-

19

on con esmero. Uno de ellos fué al castillo a comunicar esta desgracia, mas ¡ai! cuando llegó la noticia todo habia cambiado de aspecto. Los malvados que sabian nuestra desgracia, porque ellos habian sido los que, con su infernal malicia, habian puesto montaraz aquel caballo, sin la menor compasion, anuncian a mi desgraciada madre lo que habia sucedido, añadiendo que mi padre acababa de espirar. Ella, en medio de su desesperacion, perdió la cabeza, huyó del castillo i no la hemos vuelto a ver. Mi padre vivió algun tiempo aun; pero al fin, rodeado de enemigos mortales, agoviado por el sentimiento de no poder encontrar a su esposa e hijo, los únicos seres que queria en el mundo, sucumbió.»

«Sus enemigos se apresuraron a apoderarse de sus bienes, sin pensar que al crimen sigue siempre el castigo.»

## CAPITULO VI.

Despues de la lluvia viene un hermoso dia; despues de la tempestad un cielo sereno.

«Debeis recordar, amigos mios, continuó el anciano, que en este desgraciado dia, mi padre cayó del caballo; yo quedé enredado en los estribos i así fuí arrastrado por lo mas espeso del bosque; el caballo al fin cayó muerto de cansancio i yo permanecí largo tiempo sin fuerzas ni movimiento. Cuando volví en mí, no

III.

**AMOR FILIAL I OBEDIENCIA.**

Fernando II que, a mediados del siglo XII, gobernaba el reino de Leon, en el dia provincia española, queria tanto a su hijo que bajó del trono para hacerlo subir en su lugar.

Alfonso (así se llamaba este hijo) merecia en efecto toda la ternura de su padre, porque no vivia, por decirlo así, mas que para él. Al marchar a combatir con los enemigos de los cristianos no se apartaba del palacio de su padre sin haber obtenido ántes su bendicion; i al volver de la guerra solo a sus piés deponia los despojos de los vencidos i los trofeos de su gloria. Su vida entera la dividió entre los cuidados del trono i de su padre. Muchas veces durante la noche se levantaba para asegurarse por sus propios ojos si efectivamente su padre dormia o no. I jamás se sentaba en su presencia sin haberle pedido permiso.

Cierto dia que acababa de obtener una brillante victoria sobre los moros, Fernando, deseoso de salir al encuentro de su hijo, dijo a los criados que le observaban que el rei les habia ordenado velar por su salud: «Oh amigos míos! ninguna cosa me restablecerá mejor que abrazar al héroe i estrechar entre mis brazos

al hijo mas querido; no me rehúeis esta satisfaccion, i mé habreis hecho el mayor de los servicios» .

Fernando salió pues, al encuentro de su hijo; pero cuando éste le ve venir hácia él, baja del caballo i sigue a pié la calesa en que va, a pesar de las reflexiones que le hacen, diciéndole que, marchando su comitiva a caballo, le parece indecoroso que vaya él a pié, respondiendo a todos: «Yo solo soi su hijo». Al llegar al palacio, Alfonso toma a su padre en brazos i le conduce a su habitacion. «Padre mio, le decia muchas veces, sabeis mui bien cuanto amor me teneis; pero no conoceis hasta de qué me haria capaz el que os profeso; no solo os seguiria a pié sino que muchas veces querria ser vuestro cochero» . Lágrimas de alegría eran la respuesta del anciano.

---

#### IV.

### TIERNOS RECUERDOS PARA CON LOS PADRES.

#### EL ROSAL.

Un comerciante, obligado por sus negocios, emprendió un viaje a países distantes i separa-

dos de su patria por el «Grande Oceano». Antes de marchar compró un rosal, hizo reunirse a sus hijitos i plantó en presencia de ellos el arbolito, diciéndoles: «Antes que haya dado flores por segunda vez, volveré, con la proteccion de Dios, a esta casa». Partió en seguida. ¡Cuántas veces al dia iban estos niños a visitar el rosal que su padre habia plantado! Las primeras rosas le parecieron mas lindas que cuantas habian visto.

Sin embargo, una gran tempestad se levanta en el mar, i el bajel en que iba el comerciante se estrella contra una roca, pereciendo toda la tripulacion.

Nunca hubo niños que sintiesen mas la muerte de su padre que estos.

Cuando el rosal principiaba a dar botones por segunda vez, estos amantes hijos se reúnen al rededor del árbol; allí hablan de su padre, de su virtud, de su bondad, i, de rodillas, elevan al cielo una plegaria por el reposo de su alma, derramando a cada palabra un torrente de lágrimas.

Un vecino, cansado de oír las lamentaciones de estos niños, se dirige a ellos i les dice: «Hijitos, este rosal es mui triste para vosotros; voi a trasplantarlo en mi jardin, así se acabará vuestra tristeza».

«No, no, resdondieron ellos, las lágrimas que derramamos solo son lágrimas de ternura que Dios secará algun dia; pero el rosal lo he-

2001

mos consagrado a la memoria de nuestro querido padre; déjenos V. este arbolito que no abandonaremos jamás».

Abrazáronse en seguida los unos a los otros jurándose al mismo tiempo unirse para siempre i no olvidar jamás al autor de sus dias.

---

V.

**RECONOCIMIENTO PARA CON LOS MAESTROS.**

Un platero de Berlin, padre de una familia numerosa, habia caido en una extremada miseria por falta de trabajo. Un jóven que habia concluido su aprendizaje en casa de este buen hombre, junto con otro muchacho, aprendiz aun, sufrieron esta miseria de su maestro sin querer apartarse de su lado.

El joyero, que se llamaba Guillermo, trató de sufrir en silencio «desgraciada posicion; pero al fin, lleno de deudas, sin tener siquiera el dinero necesario para comprar materiales para su trabajo, se vió en la triste necesidad de mendigar. A pesar de esto su compañero no le abandona. Escribe a un rico banquero de Berlin, diciéndole que una familia entera se halla a punto de morir de hambre, sino se la socorre

de algun modo: hace un grande elogio de ella, añadiendo que se la sacaria de su situacion con algunos cientos de francos. El mismo se constituye portador de esta carta i la entrega en sus propias manos al banquero, que le respondió debia informarse ante todo del verdadero estado del joyero. Un distinguido comerciante fué encargado de esta comision, i halló que el estado de la familia era tal cual lo decia la carta que el banquero habia recibido. Este envió el dinero que se le pedia para el joyero, añadiendo que era una donacion que hacia i no un préstamo. El buen hombre se quedó admirado al recibir este inesperado socorro; i despues, solo con mucho trabajo, logró saber por qué medio le habia obtenido. Lágrimas de reconocimiento i alegria fueron las gracias que el padre de familia dió a su bienhechor. El banquero, admirado de la fidelidad i constancia de tal compañero, le ofrece varios regalos, que rehusa aceptar, diciendo que se contentaba con haber sacado de apuros a su maestro: no satisfecho con esto, adopta uno de sus hijos, le educa i hace aprender un<sup>o</sup> de o.

## VI.

### LA BIBLIA.

Habiendo sido tomada por asalto una fortaleza de Alemania por el ejército francés, se permitió el pillaje a los soldados, que, como es fácil pensarlo, se echaron sobre las mejores casas. Un guerrero alemán, que servia a los franceses, imitando el ejemplo de sus compañeros de armas, entró en casa de una viuda. Al verle un niño, como diez años de edad, corre a él i, presentándole una Biblia, le dice:

«Tome V., señor, esta Biblia, que es lo mejor que tengo; solo le suplico que no haga ningún mal a mi pobre madre».

El militar, conmovido por la ternura de este niño, dice a la viuda:

— «Señora, os prometo no tocar nada de lo que os pertenece; dejadme solo esta biblia i estos grabados, en memoria de los nobles sentimientos de vuestro hijo».

— «Hombre jeneroso, responde esta con los ojos llenos de lágrimas, vuestra delicadeza realza las cualidades de mi hijo; guardad el libro i vivid seguro de mi eterna gratitud».

El militar se apostó en seguida a la puerta de la casa i a todos los que intentaban entrar les decia que estaba ya saqueada, i que fuesen

a otra parte, pues estaba completamente vacía.

Habiendo sorprendido a los franceses algunos dias despues un bando enemigo, hubo una nueva batalla; nuestro buen aleman recibió en ella dos balazos en el pecho i cayó al suelo sin conocimiento. Al volver en sí se encuentra en una cama excelente i rodeado de una familia que conocia ya, la viuda i sus hijos.

Notando ésta la sorpresa que le causaba hallarse en aquel lugar, le dice :

«La nobleza de vuestro carácter nos afectó de tal modo, que, despues del combate, del que éramos espectadores, quisimos imitaros curando a los heridos. Os encontramos entre los que habian dejado por muertos. Las heridas os habian desfigurado de tal modo que era imposible reconocerlos; pero la biblia que habiais recibido de mi hijo i que conservabais en el mismo lugar que la pusisteis cuando él os la dió, os ha salvado. Ved, señor, como una buena accion no queda jamás sin recompensa.»

Felizmente las heridas no eran mortales, cerráronse mui pronto, i nuestro héroe, despues de dar las gracias a sus bienhechores, partió a unirse con su rejimiento.

Algunos años despues, recibió la viuda, para su hijo, quinientos ducados i una carta concebida en los términos siguientes :

«Este pequeño regalo servirá de recompensa a un niño de nobles sentimientos, que, por conservar la fortuna de su madre, sacrificó lo que

le era mas caro en el mundo, i que, siete años há, salvó la vida a su amigo Elderico, coronel de las guardias del emperador».

## VII.

### DESGRACIA I VIRTUD.

En el reinado de Catalina II, vivia en Witkin, pequeña aldea de Rusia, un empleado de Aduana llamado Tzernikow. Contento con el cargo que desempeñaba con honor i probidad, se consideraba dichoso en medio de su esposa i de su hija Nahida; ajeno de toda ambicion, salvo la de hacer felices a estos dos seres.

Sin embargo, Tzernikow tenia un enemigo que acechaba la ocasion de perderlo. Era este un comerciante de Cherson, que se ocupaba principalmente en contrabandos. Habia intentado seducir a Tzernikow para que le facilitase la entrada de mercaderías prohibidas; pero habiéndole encontrado incorruptible, no pudo ménos de mostrarle desde entónces su implacable odio. Para vengarse de algun modo fué a visitar a la Emperatriz i le pintó la conducta de Tzernikow del modo mas abominable.

Cierto dia que este se hallaba sentado a la

mesa con su esposa e hija, se sorprendió sobre manera al ver entrar en su casa a un oficial seguido de varios esbirros, que le anuncian que tienen orden de conducirlo a una prision. Al oír esto, su mujer e hija se abrazan de sus rodillas anegadas en lágrimas, él las tranquiliza diciéndoles: que seguramente se habrían equivocado, que iba a volver luego a su lado.

Tzernikow reflexionaba, pero en vano; ningún motivo encontraba para haber sido mandado prender. Recuerda al fin que un comerciante le ha querido seducir i que, no habiéndolo conseguido, le prometió vengarse; esto le induce a creer que le haya calumniado; ¿pero qué podrá hacer en este caso? Se entristece al considerar la afliccion de su esposa e hija.

Decidióse al fin su suerte. Algunos dias despues entra en su prision un caballero i le anuncia la sentencia por la que acaba de ser condenado a un destierro perpétuo en Siberia. Tzernikow le pregunta cual es el crimen de que se le acusa, a lo que el noble responde diciéndole: que él no era su juez; i que, comunicándole su sentencia, cumplia solo con la orden suprema que se le habia trasmitido. Tzernikow se resignó. Sentia en el alma no hallar un medio como hacer que su esposa e hija no sufriesen su desgraciada suerte; pero ellas le reanimaron protestándole que en ninguna parte serian mas felices que a su lado. El momento de la partida llega. Un carruaje

espera a la puerta- el padre, la madre i la  
suben a él: todos los parientes i amigos  
acompañan hasta fuera de la ciudad; Tzer-  
now les da gracias por el interes que toman  
su suerte, i se separan al fin entre llantos  
sollozos.

La estacion era rigurosa i el cochero que los  
ducia no de mui buen humor; a medida  
avanzan encuentran ménos personas que  
compadezcan de su desgracia.

Despues de dos meses i medio de un viaje  
oso llegan a Tobolsk, capital de la Siberia.  
Tzernikow presenta al Gobernador una carta  
le habian dado para él, en la que iba una  
comendacion de un amigo suyo. Recibióle  
muy bien, i conociendo la injusta separa-  
cion de su patria que sufría este hombre hon-  
rado, le designó para su habitacion i dominio  
una cabaña i terrenos poco distantes de la ciu-  
dad, prometiéndole suavizar su desgracia en  
tanto le fuera posible. Hasta que produjo el  
terreno que le habia dado le hizo distribuir,  
semanalmente, una cantidad de pan, papas i,  
los domingos, carne para él i su familia.

Muy luego se ganó Tzernikow el afecto de  
sus compañeros de infortunio, que por la tar-  
de se reunian a su alrédedor, contando cada  
uno, a su turno, el motivo de su destierro; de  
modo que las tardes tan largas en estos países  
se pasaban así agradablemente.

Pero, habiendo sido llamado a San Peters-

burgo, el gobernador fué reemplazado por otro que introdujo varios cambios en la administración. Entre otras cosas ordenó que Tzernikow i veinte otros desterrados se trasladasen a la aldea de Maganesif, i que se ocupasen allí en la caza i en la pesca. La caída de un rayo no hubiera asustado mas a esta pobre familia. ¡Tener que marchar a un punto situado a seiscientas leguas mas léjos de San Petersburgo, donde no les quedaba la menor esperanza de hacer réconocer su inocencia! A pesar de esto su resignacion a las órdenes de la Providencia le sostuvo aun en este nuevo golpe de la fortuna. «Dios está con nosotros, dijo Tzernikow, despecho del universo, él nos protegerá.» Luego se encontraron prontos para el viaje.

No nos detendremos en los detalles de este viaje tan triste como peligroso, estando unas veces espuestos a morir de frio, otras a ser devorados por las bestias feroces; seria demasiado sensible para el corazon del lector. Llegaron a Jeniseks, donde Tzernikow, su mujer i su hija fueron muy bien acogidos por un comerciante i su familia. Estos pobres desterrados necesitaban descansar; en consecuencia, les concedieron quince dias para reparar sus fuerzas. Pero, ¡cuán luego pasó este tiempo! Entónces les fué forzoso dejar esta ciudad, donde habian encontrado amigos, para entregarse a nuevos sufrimientos, a nuevos peligros.

El viaje duró tres semanas aun; despues

cuales llegaron a orillas del Jenisey, rio de Siberia; allí sin fuerzas ni valor se detuvieron, y hicieron una choza en la nieve para abrigarse a ellos i sus perros, i, dos dias despues, se pusieron nuevamente en camino.

Las provisiones principiaban ya a escasear, i creian morir de hambre i frio en aquellas edades, cuando divisaron a lo léjos la pequeña ciudad de Maganesif. «Estamos salvados», exclamaron a una voz los desgraciados viajeros, «vos ha tenido piedad de nosotros». Todos los viajeros se alegraron por un momento al disipar el término de un viaje tan largo; los perros mismos caminaban mas aprisa. Llegaron a Maganesif, donde permanecieron alojados hasta que se les dieron las cabañas que debian ocupar a orillas de Jenisey. Esta comarca es tan árida que ni el pasto crece en sus campos; se halla habitada por militares pagados por el emperador. En el verano se van por mar a Jenisey a comprar sus provisiones de harina i granos. Crian caballos, vacas i cerdos. Hállanse rodeados de selvas i montes. El invierno es sumamente frio i el verano demasiado corto. Tal era el lugar donde debia concluir sus dias Zernikow, el hombre honrado que merecia una suerte tan diversa; pero el tiempo que todo lo remedia, le acostumbrió poco a poco a este género de vida. Cada uno de los desterrados tomó su ocupacion, i se creyó feliz aun, quando, concluido el trabajo, podia reunirse

con el resto de sus compañeros de infortunio. Tzernikow notó poco despues en el semblante de su hija cierta tristeza que anunciaba algun secreto padecimiento. Trató de descubrirlo, pero fué en vano. Resolvió al fin interrogarla sobre el particular.

Una mañana, notándola aun mas triste que de costumbre, le pregunta Tzernikow el motivo de este cambio, si no se consideraba tan feliz como otras veces.

«Por mi parte, respondió Nahida, me hallo dichosa por desgraciada que sea mi suerte, estando a vuestro lado; pero cuando reflexiono que vosotros, mis queridos padres, teneis que permanecer aquí toda vüestra vida, en estos desiertos espantosos, agoviados con el peso de trabajos que apénas podeis sopertar, no puedo ménos que derramar algunas lágrimas».

Tzernikow trató de consolarla diciéndole que miéntras estuviese al lado de su esposa e hija su situacion le seria agradable. «Ademas, añadió, ¿podrias tú remediar algo?»

—Sí, padre mio, puedo cambiarlo todo, respondió Nahida, obteniendo solo un permiso vuestro. Voi a comunicaros mi proyecto. He pensado dia i noche en hallar un medio por el qual pudiera libraros de vuestros padecimientos; solo uno he encontrado; pero grande, difícil i aun peligroso; guiada por mi amor filial i protegida por Aquel que protege la inocencia oprimida conseguiré mi objeto.—He sabido que

un nuevo Czar acaba de subir al trono; dicen que es joven, amable i compasivo; dejadme, pues, partir a Moscou; me arrojaré a sus piés, mis lágrimas le obligarán a haceros justicia i entónces..... ¡Ah! cuán grande será la felicidad de vuestra hija!»

Tzernikow trató de apartar a su hija de una empresa tan jigantezca, pero fué en vano; pues ella, firme en su resolucion, obtuvo al fin el permiso que solicitaba. Aprontóse luego lo necesario para un viaje tan largo, i, una hermosa mañana de verano, partió Nahida despues de haber abrazado a sus padres i recibido su bendicion, guiada por la Providencia.

Atraviesa los inmensos desiertos de la Siberia con el valor de una heroína, cubierta de hielo, careciendo muchas veces de pan i abrigo: marcha alegre, porque cree ser útil a sus padres.

Despues de haber sufrido infinitos trabajos llega a Moscow. Apénas ha entrado en una posada, cae al suelo rendida de cansancio i debilidad. Administráronsele los socorros necesarios, i, algunos dias despues, se hallaba completamente buena. No conociendo a nadie en la ciudad, Nahida confió su mision a la posadera, contándole al mismo tiempo su viaje i sufrimientos. Esta le indicó a la princesa de Trubatzkoi, hermana del mariscal Rumanzoff, como una persona caritativa i bondadosa. Nahida pidió audiencia i la obtuvo. El dia seña-

lado, se arroja a sus piés, le detalla su vida entera, la de sus padres i concluye pidiéndole su proteccion. Admirada la princesa de la piedad filial de esta niña, le promete que se le hará justicia. En efecto, algunos dias despues, el emperador Alejandro encargó se revisase el proceso de Tzernikow. I, habiéndose reconocido su inocencia, ordenó que inmediatamente fuese traslado a Moscow a espensas del tesoro, volviese a su antiguo empleo i recibiese una buena indemnizacion por los trabajos i fatigas que injustamente habia sufrido.

Nahida al saber esta órden del emperador se vuelve casi loca de alegría; pues por ella ha obtenido su padre un apoyo, i por ella tambien va vivir feliz i tranquila su familia toda.

Tzernikow llegó poco despues a Moscow, fué introducido en la corte i adulado por todos los cortesanos. Su calumniador recibió el condigno castigo. En cuanto a Nahida casó con un jóven bueno i afable que en el dia es uno de los primeros comerciantes de Moscow.

---

## VIII.

### AMOR FRATERNAL.

En 1793, cuando se necesitaban ejércitos en todos los países de Europa para ir a combatir

contra los que se llamaban entónces los *insurgentes franceses*, Hanóver debía suministrar tambien algunos hombres. Principiase el enganche. Se manda a un anciano llamado Cristóbal Weber, natural de Gronau, que se presente ante las autoridades del lugar con sus tres hijos para sortear uno de ellos.

El mayor de estos jóvenes, Luis Weber, como administrador de la hacienda de su padre, no podia separarse de él. El segundo debía dispensarse tambien, porque cuidaba a una hermana suya, que, viuda hacia poco, quedaba sin amparo alguno i rodeada de una familia pequeña. Tocó la suerte al tercero de ellos, joven fuerte i robusto, de edad de diez i siete años.

Cristóbal Weber se separó de su hijo con los ojos llenos de lágrimas. Pero Luis fué inmediatamente a suplicar le permitiesen servir en lugar de su hermano, diciendo que éste era ménos fuerte que él i no podria soportar las fatigas de la guerra; el segundo pretendia ser preferido, porque su padre no le necesitaba; el tercero sostenia que, habiéndole designado la suerte, solo él debía tomar las armas, sobre todo no necesitándole ni su padre ni su hermana.

Esta lucha fraternal se habia prolongado i enternecia a los oyentes cuando de improviso el capitan de enganche exclamó: «Os quereis bastante, seria costoso separaros uno de otro. ¡Volved a vuestra casa, servid a la patria, sien-

do útiles a vuestros parientes; muchos otros, que no tienen esa sensibilidad, podrán ocupar vuestro lugar en la milicia!»

## IX.

### EL MILITAR.

«El que adora a Dios es amado de los hombres, i su conciencia, siempre pura, le hará gozar dias felices en el mundo».

A las orillas del Rin, no léjos de Creutznach, se veia sentado un militar de largos bigotes; su tez tostada, sus vestidos cubiertos de polvo, todo indicaba que acaba de hacer un largo camino i que se hallaba allí descansando de sus fatigas; la maleta que tenia al lado contenia algunas provisiones de pan i carne, un odre lleno de vino que podia refrescarle; sin embargo ni comia ni hebia. Cierta aire de melancolía se manifestaba en su semblante; estaba absorto en tristes reflexiones. Un instante despues, como despertando de un largo sueño, esclama: «¡Dios mio! tú que siempre me has protegido en los tortuosos senderos que he atravesado; tú, que me has sostenido en medio del combate; tú a quien he invocado sin cesar; tú en fin, que nunca has salido de mi corazon, perdona, sí, perdóname, si en medio de mi amargura, he murmurado contra tu Providencia! Dios propicio

has que encuentre pronto a los seres que me dieron al mundo, que vea a mis ancianos padres, que los abrace una vez siquiera i moriré contento!» Al pronunciar estas palabras algunas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Iba a continuar su soliloquio, pero fué interrumpido por la súbita aparicion de un anciano, que, quitándose el sombrero, le pide una limosna.

EL MILITAR.—Os dirijis mui mal, respetable anciano.

EL ANCIANO.—¿Por qué, amigo mio?

EL MILITAR.—¿Qué podrá ofreceros un pobre militar sin sueldo?

EL ANCIANO.—Aunque no lo tenga, puede ser útil a sus semejantes: el verdadero beneficio es el que se hace por un corazon sensible i compasivo; el que da sin tener fortuna no tiene sino mas mérito, i yo, como me veis, yo, que mendigo un pan bañado muchas veces con mis propias lágrimas, socorro tambien en medio de mi miseria; todas las noches divido las limosnas que me han dado durante el dia con un desgraciado padre de familia, que, estando en su trabajo, ha caido desde el techo de una casa i se ha dislocado los miembros; sin mi auxilio habria perecido ya mil veces de necesidad. ¿Veis pues, amigo mio, que, con un poco de voluntad i algunas privaciones se puede hacer el bien?

EL MILITAR.—Teneis razon, buen anciano;

recuerdo que aquí tengo algunas provisiones, sentaos i comed.

El mendigo no se lo hizo repetir, sentóse sobre la yerba, i el militar sacó de su maleta un pan i algunos salchichones, que el anciano devoró con bastante apetito, sin dejar de honrar de cuando en cuando el odre.

Concluida esta frugal comida, nuestro militar interrogó a su compañero sobre la causa de su miseria.

«No siempre he mendigado, respondió éste, i, aunque mendigo, soi hijo de un banquero de Heidelberg. Algunos errores de juventud son la causa de mi desgracia. No se supo cortar el mal cuando aun era tiempo. ¡Ah! si tuvieran los jóvenes alguna esperiencia; ¡cuántos pesares evitarian a sus padres i a sí mismos!

«Mis padres me idolatraban; era hijo único, i su afecto fué tan estremado que descuidaron mi educacion; creian hacer mucho no corrigiendo mis caprichos.»

«Abusé bastante de su complacencia; queria dominarlo todo; parecíame que el universo entero habia sido creado para mi diversion; me encolerizaba contra el que no obedecia inmediatamente mis órdenes; algunas veces tambien me echaba sobre el que me contravenia, i, desgraciado de él, si era mas débil que yo, o si, temiendo desagradar a mis padres, no me resistia; salia siempre con un ojo amoratado, o al ménos con un chichon en la cabeza. Así es

como, niño todavía, era el tirano de cuantos me rodeaban, i hacia temblar a los muchachos vecinos, que hubieran huído de mí a no ser atraídos por algunas frioleras que mi buena madre les distribuía. A medida que crecía era peor; nada se hacia en la casa sin haberme consultado ántes, i para no incurrir en mi desgracia, acostumbraban pedirme el parecer. Tenia un primo hermano, a quien amaba i reconocia tener cierto imperio sobre mí, decíame muchas veces: «Federico, corríjete; tu carácter puede hacerte desgraciado para siempre.» Pero yo no le escuchaba, me reía de sus consejos i seguía lo mismo que ántes. Sin embargo las cosas cambian, i el mal i el bien tarde o temprano tienen su recompensa. Un jóven de nuestra aldea, que venia a verme con bastante frecuencia i tenia algunos paseos al campo con mis padres i conmigo, fué cierto dia a buscarme para ir a visitar una granja que tenia a dos leguas de Heidelberg; nos divertimos bastante. Habíame separado de mi amigo, i me puse a insultar a un paisano cien veces mas robusto que yo, i que sin embargo trataba de hacerme entrar en razon i alejarse de mí; pero tomando su dulzura por cobardía, i envanecido por haberle infundido temor, le provoqué hasta que perdió la paciencia i se vino contra mí. No tardé mucho en conocer que me habia engañado, porque perdí luego toda mi fuerza i agilidad: lleno de rabia me echo nuevamente sobre él; pero mi

antagonista de un bofetón me echó a rodar a un foso inmediato donde me rompí una pierna. Transportáronme a la aldea, me llamaron médicos; el mal no tenía remedio, condenáronme a usar toda mi vida un par de muletas.

«A una desgracia sigue comunmente otra. Poco después de esta catástrofe, mi padre perdió toda su fortuna por varias bancarrotas que experimentó. No pudo soportar tantas desgracias a un mismo tiempo, murió, i mi buena madre le siguió poco después al sepulcro; quedé solo en el mundo, sin amparo, careciendo de todo medio de subsistencia. Vendí los muebles, herencia de mis padres, i, con el poco dinero que me dieron por ellos, viví algún tiempo; sin embargo, agotándose al fin estos recursos, necesité acudir a la caridad pública.

«No queriendo que mi aldea natal fuese testigo de mi vergüenza, dejé a Heidelberg i me dirigí a Creutznach, donde, por culpa mia, tengo el oficio más triste, no pudiendo entregarme a ninguna clase de trabajo.

«Tal es en resúmen mi desgraciada historia, que voluntariamente refiero a los que desean saberla, para que sirva de ejemplo a la juventud, trate de corregir sus defectos, cuando es tiempo de ello, para que evite ser ella misma la causa de sus desgracias i escuche los consejos de sus padres.»

Nuestro militar dió algunas monedas al por-diosero i continuó su camino. Atravesó una

larga pradera que conducia a un riachuelo, cerca del cual encontró una aldea. Ve acercarse un niño, como de edad de diez años, que traía una carga de leña bastante pesada; llámole i le preguntó el nombre de la ciudad que tenia a la vista.

EL NIÑO.—Steinaut, señor.

EL MILITAR.—¿Vives en ella, amigo mio?

EL NIÑO.—Sí, señor.

EL MILITAR.—¿Hai alguna posada donde pasar la noche?

EL NIÑO.—No, señor, este camino es tan poco frecuentado que no vale la pena de tener una posada en él.

EL MILITAR.—Será preciso entónces que duerma a cielo raso, porque es demasiado tarde para ir mas léjos.

EL NIÑO.—¡Eso nó! Acompañeme U. a la ciudad, papá que es tan bueno, que quiere tanto a los estranjeros, sobre todo a los militares, no le dejará salir de su casa esta noche.

EL MILITAR.—Está bien, amigo mio; iré contigo, pero bajo la condicion que me des la mitad de tu carga, para ayudarte en algo.

EL NIÑO.—Con mucho gusto; principiaba a cansarme ya.

Caminaron juntos. Al llegar a la puerta de la casa el niño arroja al suelo su carga i entra corriendo a anunciar a su padre el huésped que le trae. El buen Didier (así se llamaba el anciano) salió inmediatamente a recibir a nuestro

militar, hízole sentarse i le rogó esperara un momento la comida, despues de la cual descansaria como le pareciese. Durante este intervalo nuestro militar entró a visitar el jardin de la casa, donde se encontraba unido lo útil a lo agradable : despues de haberlo recorrido todo se sentó a la sombra de un cerezo, entregándose allí nuevamente a sus sombrías reflexiones; pero le apartó de ellas la llegada de Didier, que venia a anunciarle que estaba pronta la comida, i que, conociendo la affixion de nuestro héroe, esclama : «¡Qué! un valiente defensor de la patria se entrega tambien a la tristeza? ¿Cuál es la causa?»

EL MILITAR. — Mis sufrimientos son grandes, nadie podrá evitármelos.

«Hijo de un honrado paisano, le ayudaba en sus trabajos agrícolas, cuando la patria reclamó mis servicios; separéme entónces de mi familia para marchar a combatir al extranjero. Antes de partir mi padre me dirijió las siguientes palabras que aun conservo en la memoria : «¡Teme a Dios, hijo mio; en todas las batallas, en todas las posiciones en que te encuentres, piensa que Dios está contigo, te ve i te oye, i que solo él puede conducirte a la verdadera felicidad!» He seguido sus consejos, i sin embargo el peso de la desgracia me agovia, no me deja réspirar!.....

«No os describiré los diversos combates a que he asistido, en todos he procurado distinguir-

me; el testimonio de mis jefes i una cruz con que solo se premia el valor son mis garantías. He servido siete años; durante este tiempo escribí muchas veces a mis padres, pero nunca tuve una respuesta. Firmase la paz, obtengo mi licencia; creo volver al hogar paterno ¡cuanta alegría voi a causar a mis queridos padres! Camino, me late el corazon, entro en fin a la ciudad. Pero ¡oh desgracia! todo está devastado, algunos escombros señalan el lugar que habitaban los autores de mis dias! Pregunto, indago; sé al fin, que algunos años há los enemigos entraron e incendiaron nuestra ciudad; que mi buen padre, no teniendo con que subsistir, habia abandonado aquel lugar de duelo i desolacion i nose sabia adonde hubiese dirijido sus pasos. ¡Figuraos mi pesar al saber esta noticia; yo que me alegraba ya de volver a ver a mis queridos padres, aliviarlos en su vejez ser privado de esta única felicidad! ¡Pero no es esto solo, quizás han muerto ya en la mas grande miseria! Este pensamiento me persigue sin cesar i llena de amargura mi existencia. Sin embargo, aun creo volver a encontrar el objeto de mis afectos; i aunque hace quince dias que marchó errante de aldea en aldea, que mis esperanzas salen fallidas, no pararán mis pesquisas; i si la muerte ha arrebatado a mis caricias estos seres, quiero al ménos descubrir su tumba i llorar sobre ella!»

DIDIER. — Vuestro dolor es demasiado justo,

amigo mio; por mi parte os creo un modelo de constancia i de amor filial. Continúa, jóven, continúa tus pesquisas: la virtud te sostendrá i el Omnipotente te recompensará despues. Hai una Providencia en el universo, que no abandona ni al mas pequeño insecto; ella te hará conseguir lo que deseas.

No solo tú has sufrido, todos hemos sufrido, amigo mio, i yo tambien. Sin embargo, me he dicho siempre: «Didier, es preciso consolarse, porque es lo mejor.»

Al oir pronunciar este nombre nuestro militar levantó sus ojos i los fijó en el anciano, que continuó así:

«Jóven, mi historia es diferente de la tuya, sin embargo, no deja de ser triste. Vivía en paz en el seno de mi familia; mi hijo, ya grande, no queria dejarme trabajar; él solo cultivaba los campos, él solo cortaba la leña en el bosque. Poco despues tuve la desgracia de perder a mi esposa la buena Bríjida.....»

«¡Bríjida! Bríjida! murmuró el militar.

DIDIER.—Es increíble cuanto lloré esa compañera de mis trabajos: sin embargo, tenia un hijo que me consolaba. Poco tiempo despues la guerra me lo arrancó de los brazos; i como si todas las desgracias debiesen agoviarme al mismo tiempo, nuestra ciudad fué tambien tomada e incendiada por los enemigos. Víme en la necesidad de venir a esta aldea, donde he tenido que volver a principiar mis trabajos:

211

¡Dios sabe cuanto he sufrido! Felizmente he conseguido lo que deseaba i, en el dia, no necesito de nadie para vivir.....»

EL MILITAR.—¿I vuestro hijo?

DIDIER.—No he oido hablar nunca de él. Héme informado muchas veces de su suerte, i siempre me han respondido que en una sangrienta batalla habia perecido el rejimiento entero i que mi hijo era seguramente del número de los muertos. Sin embargo, un sentimiento interior me dice continuamente: «¡Didier, no desesperes, encontrarás a tu querido Juan!»

EL MILITAR (*conmovido*).—¿Didier..! Juan.,! ¿I como se llama la ciudad en que habitabais?

DIDIER.—Moerden, amigo mio.

Al oir esta respuesta nuestro militar se echa en los brazos del anciano exclamando: «¡Ah; padre mio...!» No pudo articular mas: mezcláronse las lágrimas del padre i del hijo. Luego dieron lugar a los abrazos, i, durante algunos momentos, solo se oyeron las palabras: *¡padre mio! ¡querido Juan!* Salieron del jardin para comer; pero ántes de sentarse a la mesa el buen Didier fué a avisar a toda la aldea la llegada de su hijo. En pocos minutos la casa estuvo llena de jentes sencillas; todos deseaban conocer al valiente Juan, tocar su cruz, sus vestidos, su espada i cuanto traia.

El dia siguiente fué consagrado en honor de Juan. Los aldeanos cantaron, bailaron i se divirtieron bastante, despues de lo que tuvier-

on una buena comida, en que ninguno de los asistentes perdonó las botellas de cerveza.

Nuestro héroe quitóse en seguida su uniforme, volvió a tomar la blusa que ántes habia usado, i el valiente militar se halló transformado en laborioso agricultor. No permitió pue su padre se ocupase de ninguna clase de trabajo, i cuando llegó la hora en que Didier debia entregar su alma a Dios, Juan le cerró los ojos.

Nuestro héroe vivió aun largo tiempo feliz i dichoso, querido i adorado de toda la aldea.

---

X.

**UNA BUENA HIJA.**

En la aldea de Tespe, no léjos de las orillas del Elba, vivia un anciano llamado Bergmann, que habia sido arruinado por dos inundaciones. Tenia ochenta años de edad i toda su fortuna consistia en una cabaña i en un pequeño huerto: su esposa, mas entrada en años, no podia ocuparse de ninguna clase de trabajo. Un incendio les quitó su cabaña i los pocos muebles que les restaban. Enfermos, débiles, incapaces de poder hacer nada por sí mismos, se vieron en la miseria mas espantosa. Su hija Dorotea,

único ser que la muerte les habia perdonado, se hallaba sirviendo en una casa de las mas acomodadas de la aldea, i tenia mui buena reputacion entre sus paisanos. Cuando supo la desgracia que habian sufrido sus queridos padres, experimentó un gran pesar. Tomó súbitamente la determinacion de correr a su socorro, sacrificarlo todo por servirlos i no descansar hasta haber mejorado su suerte.

Con los ojos llenos de lágrimas dejó la casa en que servia i se trasladó al hogar paterno. Sus economías le habian proporcionado una pequeña suma. Desde luego empleó este dinero en aliviar a sus padres; pero mui luego se agotó este recurso, i entónces le fué necesario pensar en hallar un nuevo medio como poder subvenir a sus necesidades. Su aguja le produjo algo; pero necesitaba mas.

Habiendo sabido algunas personas la delicada conducta de esta hija, publicaron por toda la aldea su ternura filial, i luego recibió de todas partes socorros para sus padres; hasta las autoridades le asignaron una renta anual. ¡Ah! qué feliz se cree sustentando a sus queridos padres!

Pero aun no estaba satisfecha su noble alma. Un trabajo constante, una economía que llegaba hasta privarse de lo mas necesario i la beneficencia de sus vecinos llenaron sus deseos, i la choza fué reedificada.

Apénas se hubieron instalado en ella los bue-

nos ancianos, cayeron enfermos : veladas, fatigas, ninguna clase de sufrimientos evitó esta buena hija. Però el éxito que obtuvo la premió ampliamente de sus desvelos; los autores de sus dias sanaron i vivieron largos años aun.

Muchos jóvenes de la aldea, admirando la conducta de Dorotea, la pidieron en matrimonio; pero ella no quiso oír hablar de nada de esto miéntras sus padres la necesitasen.

En fin los ancianos, cargados de edad, murieron, i, despues de algun tiempo consagrado al pesar de su pérdida, Dorotea dió su mano a un joven amable que la hizo tan dichosa como lo merecia.

## XI.

### UN BUEN HIJO.

Federico, hijo de padres pobres pero honrados, veia con pesar la miseria en que vivian los autores de sus dias. «¡Cuán dichoso es, decia muchas veces, el que puede ser útil a sus padres! ¿Pero yo que puedo hacer?»

Cierto dia vió un aviso anunciando que se necesitaba un joven para un reemplazo militar, al que se daría la gratificacion de mil francos.

Vuela inmediatamente al lugar señalado, ofrece sus servicios que son aceptados, i recibe el precio convenido que envía al momento a sus padres como dinero mandado por un pariente lejano para aliviarles en sus necesidades.

Vuelve a su casa para prepararse al viaje que debia hacer. Dice a sus padres que, gustándole mucho la carrera militar, acababa de engancharse en un rejimiento que debia partir inmediatamente al extranjero. Trataron de disuadirle de su intento, pero fué imposible: habia procurado una honesta subsistencia a sus padres, partió contento.

Durante un año no tuvieron los padres de Federico noticia alguna de él; pero cierto dia, leyéndoles un diario el sacristan de la parroquia, encontraron el siguiente pasaje :

«El coracero Federico Matter que, en esta batalla, salvó de un gran peligro a S. A. el Príncipe Real, ha sido nombrado, en el campo de batalla, oficial de coraceros i caballero de la Corona, con una pension vitalicia para sus padres.» ¡Figuraos la alegría que experimentarían estos ancianos cuando, algun tiempo despues, supieron que, por sacarlos de su miseria, habia empeñado su libertad!

A los quince años de servicio obtuvo Federico su licencia i fué a unirse con sus padres. ¡Cuan grande fué la alarma de toda la aldea al ver venir a este sensible i buen hijo que todo lo habia sacrificado por el bienestar de sus

padres! Festejaronle por todas partes. A la entrada de la poblacion habian construido un arco de triunfo, sobre el cual el cura de la parroquia habia puesto la siguiente inscripcion:

«Los hijos amantes de sus padres son queridos de Dios i de los hombres.»